

# Los hombres de la Revolución en Tamaulipas

*The men of the Revolution in Tamaulipas*

Por Dr. Oscar Misael Hernández-Hernández,  
Unidad Académica Multidisciplinaria de Ciencias,  
Educación y Humanidades, UAT, México.

Correspondencia:  
omhernandez@uat.edu.mx

## RESUMEN

En este trabajo se hace una exploración de la Revolución Mexicana en Tamaulipas y cómo se construyó un modelo de masculinidad al disputarse algunos hombres el poder político y militar. Se parte del concepto de masculinidad entendida como una construcción histórica y cultural sobre ser un hombre y se analizan fuentes de información secundaria para captar las relaciones de poder y de violencia tejidas entre hombres durante el movimiento armado en la región.

## PALABRAS CLAVE

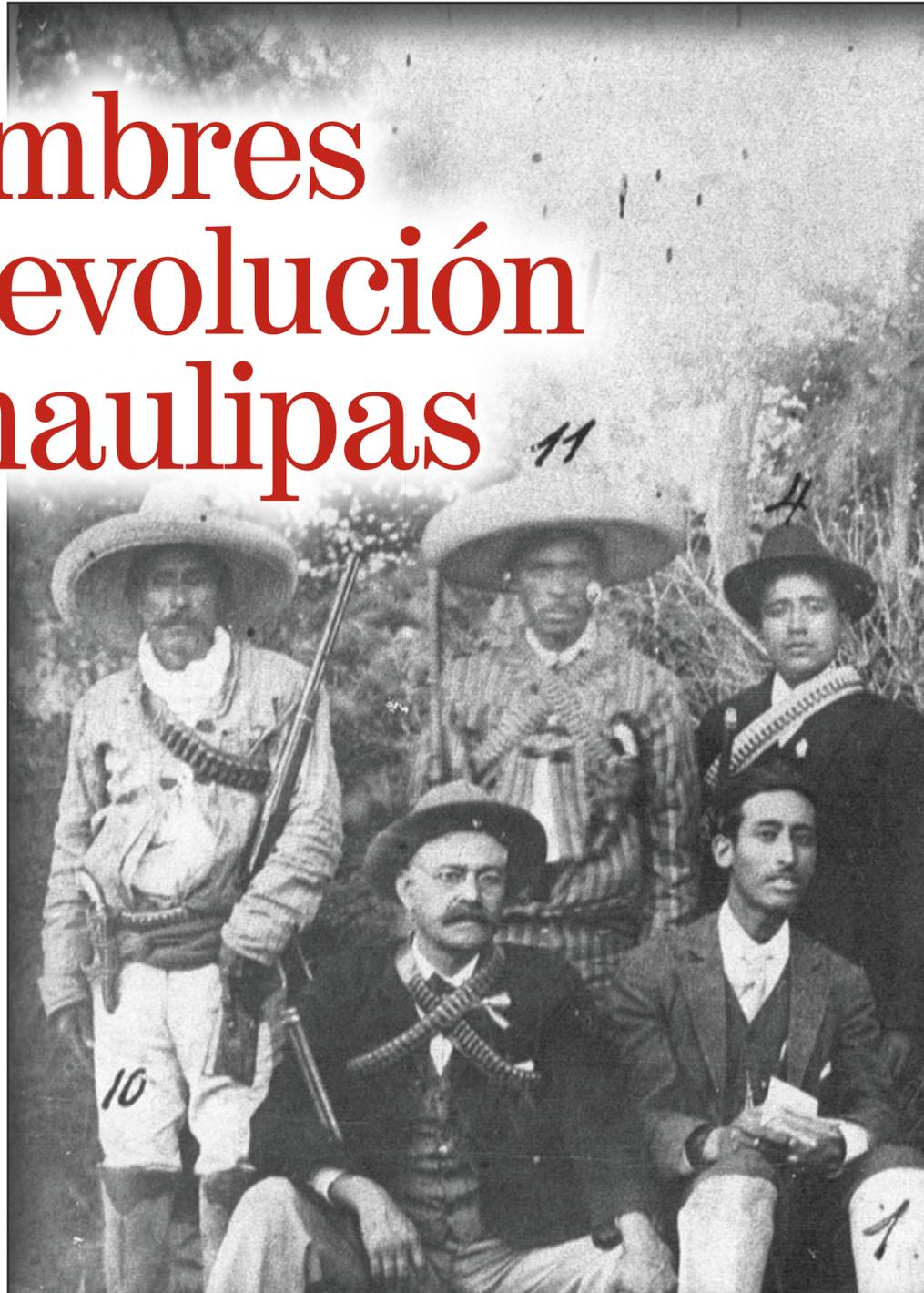
Revolución, Tamaulipas, Masculinidad, Poder, Violencia.

## ABSTRACT

This work is an exploration of the Mexican Revolution in Tamaulipas and how they built a model of masculinity to men attacked some political and military power. Be part of the concept of masculinity understood as a cultural and historical construction of a man and analyzed secondary data sources to capture the power relations and violence woven among men during the armed movement in the region.

## KEYWORDS

Revolution, Tamaulipas, Masculinity, Power, Violence.



1. Profesor Alberto Carrera Torres. 2. Jacinto Ramírez (secretario de don Alberto Carrera Torres).  
3. Pedro Muñiz. 4. Francisco S. Carrera Torres. 5. Pedro López Morales. 6. Hesiquio Eguía.

## A MANERA DE INTRODUCCIÓN

"Pocas revoluciones son iniciadas por los oprimidos", afirman Thomas E. Skidmore y Peter H. Smith al hablar de la Revolución Mexicana en su libro *Modern Latin America* (1992:228). Los autores agregan que: "Más bien empiezan con un fragmento dentro de la élite dominante. Disidentes contrariados, frecuentemente jóvenes, llegan lo suficientemente molestos para atacar al sistema".

Sin duda, las desigualdades políticas y económicas fueron factores que desencadenaron un fenómeno histórico como fue la Revolución Mexicana. Sin embargo, la historiografía sobre ésta, de fondo, también ha enfatizado otro aspecto poco estudiado desde el género: la lucha por el poder entre hombres, ya fuera en la arena política o en el campo de batalla, con discursos o con armas.

Podemos notar entonces que, la Revolución



Fuente: Fondos Documentales Joaquín Meade del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Autónoma de Tamaulipas, Fototeca. (FDJMHUAT, Fototeca).

7. Apolonio Vázquez Olvera. 8. Margarito Vázquez Olvera. 9. Severiano Vázquez (El Huacalero).  
10. Tomas Molina. 11. Lamberto Estrada.

Mexicana fue un evento eminentemente patriarcal. De ello han dado cuenta las innumerables investigaciones sobre el tema, aún cuando algunas historiadoras han demostrado la participación de las mujeres en el movimiento armado como soldaderas, enfermeras, cocineras, amantes o madres (Cano, Vaughan y Olcott, 2009).

Lo anterior es un buen pretexto para analizar el movimiento armado desde el concepto de género. Ello no necesariamente significa hablar

de mujeres, aún cuando la perspectiva relacional de género plantea escudriñar las diferencias sexuales entre mujeres y hombres y las relaciones de poder que conllevan las mismas. Aquí más bien se plantea indagar las construcciones de la masculinidad.

Como ha señalado el sociólogo Michael S. Kimmel (1998:208), "Al estudiar a los hombres, los analizamos en su calidad de dirigentes, héroes, políticos (...). Los hombres, en sí, son invisibles

como tales". El autor señala que poco se cuestiona cómo el género impacta la vida de los hombres y, sobre todo, cómo sus experiencias y relaciones se articulan con discursos y prácticas sobre ser un hombre.

Ante ello, en este trabajo se hace una breve exploración de la Revolución Mexicana en Tamaulipas y cómo se construyó un modelo de masculinidad al disputarse algunos hombres el poder político y/o militar. Sin duda los estudios y



Emilio Portes Gil y Marte R. Gómez.

Fuente: FDUJH/UAT, Fototeca

libros sobre el movimiento armado en la entidad hablan de hombres –y muy pocos sobre mujeres– en tanto políticos, militares o dirigentes revolucionarios, pero ninguno habla de masculinidad.

Por tal razón, aquí inicialmente se define un punto de partida conceptual sobre la masculinidad y, enseguida, se describen las fuentes de información regional utilizadas para realizar el análisis propuesto. Posteriormente se hace una exégesis del modelo de masculinidad que emergió en Tamaulipas durante aquel fenómeno histórico, para finalmente plantear algunas conclusiones.

### TEORÍA Y FUENTES DE INFORMACIÓN

Aún cuando los estudios sobre los hombres datan de hace varios años, aquellos sobre la masculinidad son relativamente recientes: a partir de la década de los ochenta en América Latina comenzó a indagarse desde el género qué significaba ser un hombre y actuar como tal, tanto para los hombres como para las mujeres, en diferentes momentos históricos, espacios y situaciones de interacción social.

Sin embargo, el concepto de masculinidad ha estado sujeto a diferentes acepciones. Para el antropólogo Matthew C. Gutmann (2003:3), por ejemplo, un primer concepto de masculinidad alude a que ésta es cualquier cosa que los hombres piensan, dicen y hacen. Otro, que es lo que los hombres piensan, dicen y hacen para distinguirse a sí mismos como hombres. Una más, que es una cualidad que tienen ciertos hombres más que otros.

Las acepciones anteriores muestran la diversidad de posturas teóricas sobre la masculinidad. No obstante, aquí se apropiará la noción referente a que la masculinidad es una construcción histórica y cultural sobre ser un hombre que, además, se construye en un campo de relaciones de poder al interactuar los hombres entre sí o con

las mujeres (Kimmel, 1998:208-209), en eventos históricos o situaciones de la vida cotidiana.

Dicha noción es por demás útil para analizar cómo, durante la Revolución Mexicana en Tamaulipas, se construyó un modelo de masculinidad derivado de las disputas entre hombres por el poder político y/o militar, pues al menos esta región significaba un importante núcleo económico, político y, sobre todo, estratégicamente militar para los grupos revolucionarios (Alvarado, 2004:17).

Los estudios sobre el tema en la entidad emergieron, quizá, a partir de la década de los cuarenta con las publicaciones del historiador Ciro de la Garza Treviño (1949, dos tomos). Posteriormente fueron publicados otros estudios sumamente enriquecedores. Este trabajo se basa en fuentes de información secundaria que exploran el movimiento armado en tanto un proceso histórico.

Concretamente se retoma información de Zorrilla, Miró Flaquer y Herrera Pérez (1993) y de Herrera Pérez (1999). En estos libros fue posible captar información sobre el movimiento armado en la región, y específicamente cómo fue que se vivió el desmoronamiento del régimen porfirista, la lucha entre facciones y las disputas entre caudillos. Por otro lado, la exégesis sobre la construcción de un molde de masculinidad la haré retomando los planteamientos de Kimmel (1997).

Para este último autor, construir una historia cultural de la masculinidad entre los hombres, especialmente entre aquellos que sólo son vistos como héroes o famosos, requiere “explorar cómo la experiencia de ser un hombre, de la hombría, estructura las vidas de los hombres en tanto sujetos, las organizaciones e instituciones que ellos crean y dirigen, los eventos en los cuales ellos participan” (Kimmel, 1997:2).

### RESULTADOS: SER UN HOMBRE REVOLUCIONARIO

“La Revolución Mexicana, como todo hecho histórico, es variable con el paso del tiempo y compleja en su organización y desarrollo”, escribió Eduardo Blanquel (2001:137), quien agregó: “Surge como una protesta de tono eminentemente político frente al régimen porfiriano; pero quienes van participando en ella, quienes van haciéndola, le imprimen la huella de sus ideas, de sus intereses, de sus aspiraciones”.

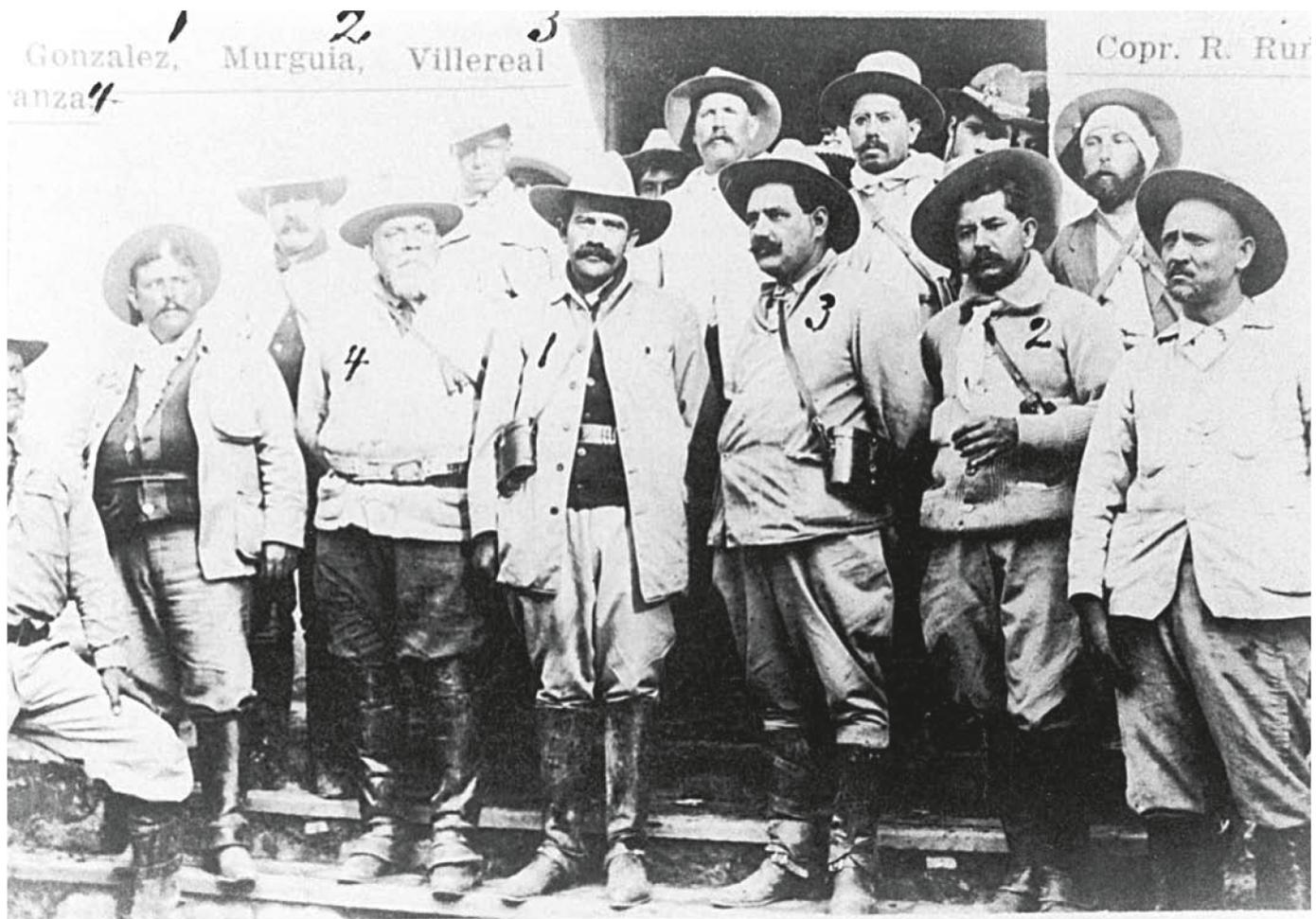
Y sin lugar a duda así fue en Tamaulipas. No obstante, para comprender cómo fue que durante la Revolución Mexicana en la región se construyó un modelo de masculinidad, primeramente es necesario partir de la figura de Porfirio Díaz. Más allá de ser un político, militar y dirigente del país, su actuación como un hombre evidencia lo que algunos autores han denominado una “masculinidad hegemónica”, la cual fue objeto de cuestionamiento por los hombres de otras regiones.

A decir de Robert Connell, esta última “se puede definir como la configuración de la práctica de género que encarna la respuesta corrientemente aceptada al problema de la legitimidad del patriarcado, la que garantiza (o se toma para garantizar) la posición dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres” (Connell, 1998:39). Incluso, agregaríamos, la subordinación de algunos hombres.

La apropiación del poder político de Porfirio Díaz de 1884 hasta 1911, es una muestra de lo anterior. Este hecho histórico, conocido como porfiriato, puede comprenderse desde el género al analizar cómo un solo hombre llegó a legitimarse como tal al monopolizar lo que el mismo Connell llama relaciones de producción, relaciones de poder, relaciones de catexis y relaciones de simbolización.

En cuanto a las primeras, estas le dieron el monopolio del desarrollo económico en el país a través de la explotación de recursos naturales y mano de obra. Simultáneamente emergieron relaciones de poder, ya fuera entre la cúpula política o en las economías regionales, basándose estas últimas en jerarquías masculinas donde, por ejemplo, los funcionarios públicos formaban un cacicazgo político y los hacendados un modelo patriarcal.

Las relaciones de catexis, entendidas como la dimensión emocional y sexual socialmente estructurada, fueron otro elemento retomado por Díaz: el hombre disciplinado, que sustentó una filosofía positivista de “orden y progreso” para el desarrollo nacional, osciló entre un patriarca benevolente y amoroso, a la vez que



Fuente: <http://runyon.lib.utexas.edu/r/RUN00000/RUN00000/RUN00079.JPG>

1. Pablo González. 2. Francisco Murguía. 3. Antonio I. Villarreal. 4. Jesús Carranza.

violento para imponer, finalmente, relaciones de simbolización: ser un hombre heterosexual, de familia y con autoridad incuestionable.

Sin duda, la masculinidad hegemónica que materializó la figura de Porfirio Díaz, al menos en Tamaulipas, se reprodujo a nivel político-estructural: el monopolio del poder militar, político y económico en la región por los hermanos Servando y Antonio Canales, así como por Manuel González y Juan B. Castelló, son un ejemplo de ello para finales del siglo XIX y principios del XX.

Pero como han señalado algunas académicas (Alsop, et.al., 2002), la masculinidad hegemónica siempre se conforma y legitima con relación a una masculinidad subalterna, que si bien refleja el polo opuesto de la primera (ser un hombre violento vs. ser un hombre negociador, por ejemplo), al rebelarse termina adoptando el mismo esquema cultural de la primera.

El paisaje de Tamaulipas entre los años de 1910 y 1921 permite entender lo anterior. Con una población de no más de 300 mil habitantes, la gran mayoría de la gente residía en zonas rurales, era analfabeta y, los mayores de edad, casados o al menos ya habían procreado (Inegi, 1996). Se

trataba en su mayoría de hombres campesinos y mujeres madresposas que servían, comúnmente, a un hacendado.

En contraposición, en las zonas urbanas residían hombres de profesiones: periodistas, abogados, médicos, maestros, entre otros, así como comerciantes y empresarios locales, pero también vivían hombres de la política o de formación militar que, dicho sea de paso, eran quienes monopolizaban el poder político y económico en la entidad basados en el clientelismo, la negociación o la violencia.

Mientras que en las ciudades algunos hombres asumían una masculinidad hegemónica (siendo heterosexuales, jefes de familia, casados, con profesión y, en algunos casos, con autoridad política o económica), en el campo se consolidó una masculinidad subalterna (hombres campesinos, jefes de familia, iletrados, dependientes de la autoridad del hacendado).

Tales diferencias sociales, aunadas a las desigualdades políticas y económicas, fueron las que dieron pie a la sublevación de algunos hombres contra el régimen de Porfirio Díaz. Quizá por ello, a fines del siglo XIX Ignacio Martínez, un

doctor y militar oriundo de San Carlos, mostró su descontento hacia el retorno de Porfirio Díaz a la Presidencia en 1884. Desde Brownsville y después en Laredo, Texas, Martínez publicó en periódicos los defectos del porfiriato.

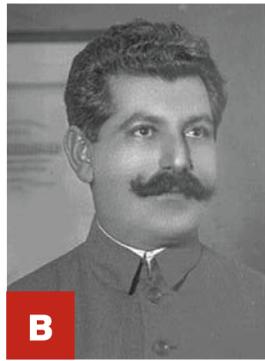
Tal situación se tornó tensa, pues el gobierno de Díaz se propuso extraditar a Martínez sin lograrlo. ¿Qué había de fondo más allá de los ataques políticos? La interpretación historiográfica tiende a plantear una confrontación entre diversas ideologías, aunque otra interpretación sería que los conflictos entre hombres son, ante todo, disputas por la dominación masculina.

Tal afirmación se puede sustentar en el hecho de que al no ser fructífera la intención de Díaz de extraditar a Martínez, ordenó al entonces gobernador de Nuevo León, el general Bernardo Reyes, reforzar la vigilancia policial y militar en la frontera: ahora el objetivo era valerse de la violencia masculina para acallar las críticas entre hombres de la política. Sin embargo, por encima de disminuir, éstas aumentaron.

A las ideas de Martínez se sumaron las de Catarino Erasmo Garza, un periodista que nació en Matamoros en 1859 y quien, después del asesi-



Fuente: FDJM-IHUAU, Fototeca.

Fuente: <http://hdl.loc.gov/loc/award/bcurumy.00142>

Fuente: FDJM-IHUAU, Fototeca.



Fuente: FDJM-IHUAU, Fototeca.

**A)** General Alberto Carrera Torres. **B)** General Lucio Blanco. **C)** Luis Caballero durante su gobierno de Tamaulipas (1913-1916). En la fotografía conversando con el licenciado Fidencio Trejo. **D)** Redactores del periódico político-estudiantil *El Cauterio*, en Ciudad Victoria, Tamaulipas. En la fotografía es distinguible al centro Emilio Portes Gil.

nato de Martínez por el general Reyes en 1891, promulgó en el norte de Tamaulipas un plan revolucionario de tinte reeleccionista durante ese mismo año, en clara alusión a la reelección de Porfirio Díaz a la Presidencia de la República.

Hasta aquí dos de los hombres que sentaron precedente en la Revolución Mexicana en Tamaulipas a fines del siglo XIX y, cuya actuación, denota la confrontación de un modelo de masculinidad hegemónica desde el ámbito regional, al mismo tiempo que la dominación y violencia masculina desplegada al cuestionarse el poder político y económico de un solo hombre.

No obstante, en 1905 emerge otro hombre que participa en el entonces Partido Liberal Mexicano: Alberto Carrera Torres, nacido en el año de 1887 en el municipio de Bustamante. Inicialmente profesor en Tula, Carrera Torres formó posteriormente un grupo armado denominado Ejército Libertador de Tamaulipas, el cual tuvo como campo de acción el Cuarto Distrito.

A razón de sus ideas liberales fue aprehendido por tropas federales en Miquihuana y llevado a la cárcel de Tula; tomó por las armas esta última ciudad en 1911; expidió la Ley ejecutiva del reparto de tierras en 1913. Al respecto, la biografía de Carrera Torres como revolucionario y como hombre es por demás interesante. En tanto personaje de la revolución fue reconocido como un líder preocupado por los campesinos y por su oposición a regímenes autoritarios.

Sin embargo, como hombre su vida es una muestra de cómo ideologías culturales marcaron su masculinidad. Alcocer Andalón (1969), por ejemplo, destaca que Carrera Torres tuvo una influencia materna tanto en su educación como en su participación revolucionaria, el sacrificio de sus relaciones de noviazgo y matrimonio por la defensa de los derechos de los pobres, entre otros.

La influencia de Juana Torres en su hijo Alberto Carrera Torres, es otro aspecto que da pie

a la revisión de cómo las mujeres participaron en la Revolución, al mismo tiempo que construyeron un modelo de masculinidad. Según el historiador Juan Fidel Zorrilla (1976:49), en ella se evidenciaba "a una madre solidarizada absolutamente con las ideas de su esposo e hijos (...) con una fuerte personalidad que la convirtió en activista revolucionaria".

El valor de algunas mujeres tamaulipecas durante la Revolución se hizo visible no sólo al influir en algunos hombres, sino también al confrontar la dominación masculina. Al igual que Juana Torres, Úrsula Tapia se distinguió por el heroísmo y la valentía. Jesús Arzola (1991:7) escribe al respecto: "Úrsula fue a la revolución. No llegó a coronela ni siguió las andanzas de la Adelita, no suspiró por ser valentina ni le atrajo la rielera, pero fue a la revolución y fue soldado".

Úrsula llegó, se familiarizó con el miedo, la muerte y cuestionó la hombría de los revolucionarios al clasificarlos en valientes, cobardes y traidores: "No se siente nada cuando se mata en combate; miedo sí, harto miedo, pero uno no tiene de dónde escoger: o mata o lo matan, cuantimás, uno no conoce a los prójimos que mueren, uno nomás hecha balas". Y agregaba: "Vi algunos fusilamientos, pocos, eran más los ahorcados, para ahorrar balas. A mí eso no me gustaba, eso duele, sobre todo con los valientes, con los enteros. Con los cobardes, con los llorones, ni tristeza da... (Arzola, 1991:10)".

El caso más notorio del valor femenino que cuestionó la dominación masculina, es el de una mujer de Bustamante, quien en una redada de federales donde murió el revolucionario Donato Guerra, salió a la calle y gritó: "Ahora sí, cabrones, se acabaron los huevos de Bustamante!, si hubiera más como Donato Guerra no estarían vivos". Acto seguido un soldado le dijo: "Quítese, vieja, que me la quiebro", y ella respondió: "Sí, dispáreme, diga que tuvo el valor de matar a una

vieja" (Trujillo, 1992:53).

Mientras que en el contexto regional tamaulipeco tanto hombres como mujeres "del pueblo" participaban en la lucha armada encabezados por líderes de diferentes trayectorias profesionales y lugares de origen, a nivel nacional empieza la pugna por el poder político: aún con la oposición de Díaz y sus simpatizantes, en 1910 Francisco I. Madero comienza en Tamaulipas a hacer su campaña proselitista para la Presidencia. Para el siguiente año Carrera Torres se rebela en el Cuarto Distrito a favor de la revolución maderista.

Con el triunfo de Madero a la Presidencia de la República en ese año, aparentemente comenzó una etapa pacífica en el país. Sin embargo, se dieron una serie de revueltas que derrocaron su gobierno en 1913: desde la redacción de un plan político signado en Camargo por el general Reyes, hasta la sublevación de los generales Félix Díaz y Victoriano Huerta que concluyó en el asesinato de Madero y la toma del poder por parte del último.

Esta situación propició que, al menos en Tamaulipas, Carrera Torres iniciara una rebelión. En 1911, como ya se dijo, tomó por las armas la ciudad de Tula y en 1913 expidió su Ley ejecutiva de reparto de tierras. Todo ello en evidente oposición al gobierno de Huerta, quien fue destituido en 1914. No obstante, durante el año de gobierno huertista, a nivel local se dieron una serie de confrontaciones políticas.

Por ejemplo, el general coahuilense Lucio Blanco, en oposición a Huerta, tomó la ciudad de Matamoros, siendo el reparto agrario en la hacienda Los Borregos uno de sus actos más memorables; el general nuevoleonés Pablo González tomó Ciudad Victoria; y el movimiento constitucionalista, encabezado por Venustiano Carranza, asedió la ciudad de Tampico.

En 1913, Luis Caballero, quien era oriundo del

municipio de Jiménez, asumió la gubernatura del estado. Como militar y político, Caballero simpatizó con el movimiento maderista, desconoció el gobierno de Huerta y después participó con las fuerzas constitucionalistas de Carranza. No obstante, a nivel regional percibió como su rival a Carrera Torres, por demeritarle este último poder político y militar en el Cuarto Distrito.

Esta última situación provocó una confrontación política e incluso armada entre Caballero y Carrera Torres, de tal forma que en 1917 el profesor fue juzgado en Ciudad Victoria, condenado a fusilamiento y posteriormente ejecutado acusado de subvertir el orden gubernamental no sólo a nivel regional, sino también a nivel nacional por cuestionar a Venustiano Carranza, quien a partir de 1917 y hasta el año de 1920 fue Presidente de México.

Al asumir Carranza la Presidencia de la República, además de confrontarse con otros revolucionarios del sur y norte de México, creó sus propios adeptos quienes a nivel regional comenzaron a disputarse las gubernaturas. En Tamaulipas, por ejemplo, nuevamente Luis Caballero, y César López de Lara, un militar y político oriundo de Matamoros, fueron actores centrales de un conflicto electoral por el gobierno del estado en 1918, conflicto en el que las armas salieron a relucir.

Si bien Carranza como Presidente destacó por su intento de pacificar el país, reorganizar la administración y el poder público con base en la Constitución proclamada en 1917 en la ciudad de Querétaro, a fines de su año de gobierno enfrentó la sublevación de los generales Álvaro Obregón, Plutarco Elías Calles y Adolfo de la Huerta (este último fue mandatario en 1920), hasta que finalmente fue asesinado el 21 de mayo de 1920.

Posteriormente, entró al gobierno federal el general sonoreense Álvaro Obregón en México, entre 1920 y 1924. En ese lapso, el gobernador tamaulipeco López de Lara comenzó a hacer alianzas políticas con diferentes sectores de la sociedad en la entidad, especialmente con los comerciantes y obreros, más no con los campesinos. En este sentido, los síntomas de un alzamiento en la región no se hicieron esperar.

Ello obligó que el gobierno de López de Lara se desmoronara políticamente, especialmente al sumarse a un alzamiento en 1923 y exiliarse en el estado de Texas. Ante la caída de su grupo en el poder, surgió otro encabezado por el abogado y político de Ciudad Victoria, Emilio Portes Gil, quien llegó a consolidar un cacicazgo político en la entidad (Alvarado Mendoza, 1992), a la vez

que forjó una identidad regional sustentada en el culto a los héroes locales, el valor y el respeto masculinos (Hernández, s/f).

### A MANERA DE CONCLUSIÓN

A lo largo de este trabajo hemos podido observar, por un lado, que la Revolución Mexicana fue un movimiento armado que propició la confrontación entre diferentes grupos políticos y armados, tanto a nivel nacional como regional, por otro lado, que en el contexto tamaulipeco constituyó un proceso histórico donde los hombres figuraron como los principales protagonistas, a pesar de la participación de algunas mujeres.

Un breve análisis del paisaje revolucionario tamaulipeco nos invita a pensar en los grupos de poder y los espacios de confrontación masculina: desde militares, periodistas, maestros y abogados formaron parte de los actores involucrados, hasta municipios como Mier, Nuevo Laredo, Matamoros, San Fernando, Jiménez, Ciudad Victoria, Tula, Miquihuana y Tampico, los contextos de lucha armada entre hombres que apropiaban diferentes ideologías.

Asimismo, ha sido posible captar que más allá de las disputas por el poder regional, al menos en el contexto tamaulipeco, se gestó una disputa por el poder político y/o económico que tenía como objetivo la dominación (política) de los varones y entre los varones. Tal lucha tiene que ver con lo que Miedzian (2002) denomina "mística masculina": la dureza, la represión de la sensibilidad, el afán de dominio, la represión de la empatía y la competitividad extrema entre varones.

La Revolución Mexicana en Tamaulipas, entonces, fue un acontecimiento mayormente patriarcal, de tal forma que más allá de la bandera política que tomaron los grupos acerca de la defensa de derechos jurídicos, políticos o sociales, se configuró un orden de género (Connell, 1998) que situó a los hombres en lo público de las luchas, en la búsqueda de poder y la autoridad y, particularmente, en la instauración de una hegemonía masculina en la cultura regional.

A un centenario de este proceso histórico, es evidente que las disputas por el poder en las que se enfrascaron hombres tamaulipecos, mexicanos, en el nombre de la justicia social y la democracia política, pueden interpretarse, por un lado, como luchas que no fructificaron del todo, por otro, como confrontaciones que instituyeron el monopolio masculino de las instituciones públicas y privadas. ■

### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alcocer, A. (1969). *El General y Profesor Alberto Carrera Torres*. San Luis Potosí: Academia de Historia Potosina.
- Alsop, R., Fitzsimons, A., Lennon, K. y Minsky R. (Eds.). (2002). *Theorizing Gender*. Cambridge: Polity Press.
- Alvarado, A. (1992). *El portesgilismo en Tamaulipas. Estudio sobre la constitución de la autoridad pública en el México posrevolucionario*. México: El Colegio de México.
- Alvarado, A. (2004). Tamaulipas, México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Arzola, J. (1991). *Una historia vivida según el testimonio de Úrsula Tapia*. Ciudad Victoria: Instituto Tamaulipeco de Cultura.
- Blanquel, E. (2001). "La Revolución Mexicana" en Cosío-Villegas, D. et al., *Historia mínima de México*. México: El Colegio de México.
- Cano, G.; Vaughan, M. K. y Olcott J. (Comps.). (2009). *Género, poder y política en el México posrevolucionario*. México: FCE-UAM Iztapalapa.
- Connell, R. (1998). "El imperialismo y el cuerpo de los hombres", en Valdés, T. y Olavarría J. (eds.). *Masculinidades y equidad de género en América Latina*. Santiago: Flacso Chile.
- De la Garza, C. R. (1949). *La Revolución Mexicana en el Estado de Tamaulipas II (Cronología), 1914-1973*. México: Librería de Manuel Porrúa.
- Gutmann, M. C. (2003). "Introduction: Discarding Manly Dichotomies in Latin America", en *Changing Men and Masculinities in Latin America*. Durham: Duke University Press.
- Hernández, O. M. (s/f). "Políticas educativas y formación de identidades culturales en Tamaulipas, 1925-1928", en Cappello, H. y M. Recio (coords.). *Identidad nacional: sus fuentes plurales de construcción*. México: UAT-Plaza y Valdés (en prensa).
- Herrera, O. (1999). *Breve historia de Tamaulipas*. México: El Colegio de México/Fideicomiso Historia de las Américas/Fondo de Cultura Económica.
- Inegi. (1996). *Cien años de censos de población*. Aguascalientes: Inegi.
- Kimmel, M. S. (1997). *Manhood in America. A Cultural History*. New York: The Free Press.
- Kimmel, M. S. (1998). "El desarrollo (de género) del subdesarrollo (de género): la producción simultánea de masculinidades hegemónicas y dependientes en Europa y Estados Unidos", en Valdés, T. y Olavarría J. (eds.). *Masculinidades y equidad de género en América Latina*. Santiago: Flacso Chile.
- Miedzian, M. (2002). *Boys will be boys. Breaking the link between masculinity and violence*. New York: Lantern Books.
- Skidmore, T. E. y Smith P. H. (1992). *Modern Latin America*. USA: Oxford University Press.
- Trujillo, J. (1992). *Testimonios de la revolución mexicana en Tamaulipas*. México: Ineherm/ITC.
- Zorrilla, J.F. (1976). *La mujer en Tamaulipas*. Ciudad Victoria: Universidad Autónoma de Tamaulipas-Instituto de Investigaciones Históricas.
- Zorrilla, J. F.; Miró, M. y Herrera, H. (1993). *Tamaulipas. Una historia compartida II 1810-1921*. Ciudad Victoria: Universidad Autónoma de Tamaulipas-Instituto de Investigaciones Históricas.